

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

HENRY KISSINGER SIGUE VIAJANDO

Pisándole los talones al vicepresidente de los Estados Unidos, Spiro Agnew, comisionado para tomarle el pulso a los dirigentes de algunos países asiáticos, el 7 de febrero emprendió viaje a Asia la eminencia gris de la Casa Blanca, Henry Kissinger. Se trataba, en definitiva, de proseguir el sostenido esfuerzo que, con modalidades diversas y desigual fortuna, han venido haciendo los Estados Unidos para estar presentes en un Continente que se impone como una de las constantes de su política exterior desde mediados del siglo XIX. De ahí que el propósito de retirada militar del Sureste asiático, que el presidente Nixon formuló en 1969, implicara, no obstante, la permanencia de los Estados Unidos en Asia, pero por otros medios, singularmente el de la economía, con las consecuencias políticas que aquélla entraña, mejor dicho, entrañaba en tiempos. Porque a estas alturas, la posición que la URSS y China Popular ocupan en la mayoría de los países asiáticos estorba controlarlos mediante vínculos económicos. Fracasada la política de *containment* y su corolario la defensa de Vietnam del Sur con medios bélicos, logrado en los textos el alto el fuego, ha llegado la hora de que los Estados Unidos replanteen su política asiática sobre nuevas bases. No son otras que las definidas en Guam por el presidente Nixon en julio de 1969, pero adaptándolas a la situación que se deriva de la relación ahora existente entre Washington y Pekín, que origina una nueva relación de fuerza entre Pekín y Moscú, cuyo latente conflicto parece insoluble, cuando menos a plazo previsible. El viaje de Henry Kissinger, por consiguiente, se ha visto condicionado por esa estructura tripolar de la política internacional, que se da sobre todo en Asia, donde pugnan, se neutralizan e imbrican intereses chinos, soviéticos y norteamericanos. Ello explica que el viaje de Henry Kissinger haya sido un éxito en la medida en que no ha resultado un fracaso, por cuanto no cabía esperar más de lo que ha dado de sí.

Así en Tailandia, donde lo aparentemente lógico sería que la decisión norteamericana de no mezclarse ya en conflictos asiáticos llevara a una retirada de ese país. Pero la lógica interna de la política triangular no excluye que China Popular no arda en deseos de que Tailandia se «libere» del «imperialismo yanqui» mientras no se aclare quién imperará en Camboya, si el prochino Norodom Sihanuk o el general Lon Nol, que aunque conquistó el poder en marzo de 1970 con ayuda norteamericana, no es visto con malos ojos por la URSS. Es más, la URSS manifiesta singular benevolencia al general Lon Nol, que desoye los consejos norteamericanos de dialogar con los comunistas. Por ser tales comunistas prochinos, no es maravilla que la URSS lo aliente a mantenerse en sus trece, o sea en el poder. Tal vez trate la URSS de desquitarse en Camboya de la merma política que ha sufrido en Vietnam del Norte durante los últimos meses, como consecuencia del minado del puerto de Haifong, que impidió los envíos de la URSS y países del Este. China Popular, hasta entonces algo cicatera en ayuda material, si bien espléndida en ayuda verbal, aprovechó la circunstancia para sustituir a la URSS, volcarse con Vietnam del Norte y estrechar lazos con un país siempre un poco receloso con su antigua conquistadora, que, por su parte, recela de que pueda imperar la influencia soviética en un Vietnam previsiblemente unificado a no muy lejano plazo. La morosidad norteamericana para limpiar de minas el puerto de Haifong, lo que supedita Hanoi a Pekín para recibir una ayuda que no es sólo militar, ¿no será calculado deseo de dar su oportunidad a los chinos en esas áreas?

No resultó, ni podía resultar, milagrosa la actividad de Kissinger en Laos, donde no se firmó el alto el fuego en la fecha anunciada previamente, prueba de que a pesar del acuerdo de París, Hanoi y el Gobierno Provisional Revolucionario de Vietnam del Sur no dan por zanjado su pleito con Saigón, en el que desempeñó papel fundamental el territorio laosiano y, eventualmente, podría desempeñarlo de nuevo, por lo demás, con alto el fuego en Laos o sin él.

En cuanto a las conversaciones con Hanoi, se centraron en la normalización de las relaciones con Washington y en la preocupación —casi en el empeño— norteamericano de participar en la reconstrucción postbélica. Este aspecto de la cuestión tiene importante proyección interna en una etapa delicada de la vida económica de los Estados Unidos. Aunque se desconoce el importe exacto de la ayuda que Washington ofrece al Sureste asiático —se ha apuntado 7.500 millones de dólares en cinco años—, el Congreso

recibirá de uñas el propósito de enviar recursos a Asia después de que el presidente Nixon rechazó o recortó diversos planes sociales previstos para el año fiscal que comenzará el próximo mes de julio. Tal dijo, por lo menos, William Rogers en conferencia de prensa del 15 de febrero. Es de señalar que esos planes —puestos en marcha por el presidente Kennedy— son estimados de suma necesidad para luchar contra la pobreza en los Estados Unidos, donde, a despecho de su cacareada opulencia, parece ser que existen 27 millones de personas con recursos inferiores al mínimo vital. Por lo tanto, no hay que admirarse de que el Congreso se resista a ayudar al vecino a costa de hacer caso omiso de los sectores nacionales menos favorecidos. Además, el hecho de que lo mismo la guerra que la paz en el Sureste asiático suponga para los norteamericanos llevar un pesado fardo, es muy propio para originar nuevas tensiones y polémicas, a sumar a tensiones y polémicas ya existentes en los Estados Unidos, en su mayoría derivadas del gran impacto que ha causado en la vida nacional la malhadada idea de establecer con las armas en Vietnam del Sur una cabeza de puente permanente en Asia, ello con vistas a atajar la expansión del comunismo en ese sector del mundo. Ese fracaso debería tornar cautos a los dirigentes norteamericanos a la hora de pretender convertirse en solícitos amigos de Vietnam del Norte, dispuestos a reconstruir con sus dólares lo que destruyeron con sus bombas. Nadie puede asegurar que los logros prácticos de este último método serán más halagüeños que los alcanzados por la tremenda. Pese a toda la respetabilidad que China Popular ha conseguido en el ámbito internacional, nada permite sacar la conclusión de que ha renunciado a lograr los objetivos que le señala una ideología a la que permanece fiel. Y uno de ellos —que se confunde con un objetivo nacional— es influir en los países fronterizos del Sur y el Oeste, que en tiempos fueron sus vasallos. El tiempo dirá si Washington no le está prestando su más o menos voluntaria ayuda para que así sea.

ALTO EL FUEGO TEÓRICO EN LAOS

Reiteradamente anunciado, reiteradamente aplazado, el acuerdo de alto el fuego en Laos se firmó por fin en Vientian el 21 de febrero. Apenas si se reflejó en los hechos. Dos días después, a petición del Gobierno laosiano, los B-52 con base en Tailandia reanudaban el bombardeo de las unidades del Pathet-Lao, que ocupan las dos terceras partes del país, las menos po-

bladas, ya que la mayoría de la población se ha ido concentrando en las áreas de jurisdicción gubernamental. Es decir, que el alto el fuego sólo ponía término teórica y jurídicamente —que al parecer es lo capital— a una guerra iniciada hace veintisiete años. La situación geográfica de Laos, independiente desde 1953, la hacía inevitable no bien estalló el conflicto entre Francia y el Vietminh. La creación en 1949, a raíz de conseguir Laos la autonomía en el marco de la Unión francesa, del Pathet-Lao, rama del partido comunista vietnamita, y sus éxitos militares frente al Gobierno de Vientian, permitieron convertir a parte de ese país en base operativa y logística durante la lucha contra Francia, singularmente debido a que la pista Ho Chi Minh discurre en su casi totalidad por territorio laosiano. Tan pronto como empezaron a chocar los dos Vietnam, surgidos de los acuerdos de Ginebra de 1954, Laos se vio de nuevo implicado en la guerra, por cuanto el conflicto de Vietnam y Laos son paralelos y similares. No lograron disociarlos la declaración de neutralidad y acuerdos firmados en 1962 en Ginebra para establecer un *modus vivendi* entre los nacionalistas, los neutralistas del príncipe Suvana Fuma y el Pathet-Lao, dirigido por el también príncipe Suvana Vong, que si en 1960 fracasó en el intento de dar al traste con el Gobierno derechista de Bun Um, en 1961 llegó a un acuerdo con su hermanastro Suvana Fuma, acuerdo refrendado y ampliado al sector derechista en Ginebra. Pero no bien firmados los celebrados acuerdos de Ginebra, los tres bandos laosianos empezaron a violarlos, y apenas transcurrido un año, Suvana Vong se retiró de la coalición gubernamental para volver con sus huestes del Pathet-Lao a las provincias norteñas de San Neue y Fong Saly, fronterizas con Vietnam del Norte, esperando la oportunidad de asentarse en la llanura de los Jarros. A partir de entonces el territorio laosiano ocupado por el Pathet-Lao volvió a ser base operativa utilizada a placer por Vietnam del Norte y el Vietcong en lucha con Vietnam del Sur y los Estados Unidos, metidos de hoz y de coz en el conflicto, a un tiempo que Suvana Vong multiplicaba los esfuerzos para derrocar a Suvana Fuma, por su parte empeñado en mantener el mito de la coalición gubernamental tripartita. Por ello, siguen reservadas tres carteras al Pathet-Lao en el Gobierno de Vientian, aunque sus titulares no tomen parte en los consejos «por ausencia», como se explica.

No es ésta la menor rareza de la guerra que ha venido asolando a ese país de altas mesetas y encajonados valles, poblado por unos dos millones de habitantes, que pertenecen a distintas etnias, profesan distintas religio-

nes y hablan distintas lenguas. No son circunstancias propias para consolidar la unidad nacional y resolver el problema de la defensa, primordialmente encomendada por Vientian a elementos de la tribu montañesa meo, equipados y armados por los Estados Unidos. La fórmula no ha resultado desacertada y ha permitido que no haya de hecho fuerzas norteamericanas en Laos, ni siquiera técnicos o asesores militares. No equivale a decir que Vientian no cuente con ellos. Técnicos y asesores militares residen en la vecina Tailandia —a pocos kilómetros de Vientian— y se trasladan diariamente al reino del millón de elefantes cual obreros o empleados que van a su trabajo. Es obvio que esta ayuda se complementa con un apoyo aéreo facilitado desde las bases norteamericanas de Tailandia.

Es decir, que la retirada de fuerzas extranjeras prevista en el acuerdo de alto el fuego no incluye en este caso a los Estados Unidos. No cabe decir otro tanto de los restantes países implicados en el conflicto laosiano: Vietnam del Norte y del Sur —éste por partida doble por haber metido baza en el conflicto el Gobierno de Saigón y el Vietcong—. Tailandia, China Popular y la URSS. Estas dos últimas potencias no han comprometido fuerzas en la contienda, pero facilitan sin tasa armas y equipos militares al Pathet-Lao, cuyos efectivos refuerzan norvietnamitas y vietcongs. No es posible conocer la cifra exacta de estos «infiltrados». Sólo ha podido fijarse a ojo de buen —o mal— cubero entre los 40.000 y los 70.000 hombres. Frente a esa masa resulta raquítico el refuerzo de 5.000 tailandeses que combaten junto a las fuerzas gubernamentales y a los que alude el reciente acuerdo de Vientian, que, después de un rodeo de casi once años por parajes de guerra y desolación, viene a parar de nuevo en un propósito de reconciliación para resolver el problema laosiano, o sea, exactamente en los acuerdos de Ginebra de 1962. Pero el acuerdo de 21 de febrero concede al Pathet-Lao (mejor dicho, al Neo Lao Haksat, que es su expresión política) la mitad de las carteras en el previsto Gobierno provisional de unión nacional. Con todo, este último acuerdo registra un virtual progreso con relación al de 1962, por cuanto no se elude actualmente el problema que plantea en Laos la existencia de intereses diversos y opuestos que se agazapan bien detrás del Gobierno de Vientian, bien detrás del Pathet-Lao, los cuales, dejados a solas, posiblemente no tardarían en reconciliarse y laborar conjunta y amistosamente, sobre todo una vez admitido el hecho incuestionable de que el país está dividido en dos partes, cada una de ellas bajo distinto control.

Porque en materia de avenencias y buenas componendas, los dirigentes de los dos bandos laosianos no carecen de experiencia. En 1957 la victoria electoral de neutralistas y comunistas llevó a la colaboración de los dos príncipes, que ya en 1955 habían iniciado con el Gobierno de Vientian conversaciones conjuntas que no tuvieron éxito. De nuevo en el poder en 1960, Suvana Fuma reanudó su política de colaboración de los tres bandos que, después de los acuerdos de Ginebra, plasmó en un Gobierno de coalición tripartita, que ahora sólo funciona a base del binomio neutralistas-derechas. Pero el Gobierno de unión nacional considerado en el acuerdo de alto el fuego precisa para constituirse —y no digamos para funcionar— que, de una parte, los terceros en discordia que se ajetrean en Laos se estén quietos, y de otra, que la guerra cese realmente en Vietnam y Camboya. De no cumplirse estas dos condiciones, no cabe vislumbrar la paz en el contorno del alto el fuego en Laos, a no ser en borrosas lejanías de futuro.

EL CERCANO ORIENTE, ENTRE LA PAZ Y LA COMPETICIÓN NORTEAMERICANO-SOVIÉTICA

Se ha convertido en tópico estimar que las acciones de los comandos palestinos estorban la solución negociada del conflicto árabe-israelí. ¿No será que el persistente conflicto árabe-israelí fomenta la actividad de los fedayines? El comentario viene a cuento del secuestro y ejecución de diplomáticos en Jartum, coincidente con el viaje a Estados Unidos que Golda Meir emprendió el 26 de febrero, cuando perduraba la emoción causada en la opinión por el histérico ataque israelí al avión comercial libio. Se destacó entonces que ese lamentable suceso había de favorecer la misión de Hafez Ismael, enviado el 22 de febrero a Estados Unidos para exponer el punto de vista egipcio en orden a una solución negociada del conflicto. Era tomar el rábano por las hojas. Con avión libio derribado o no, las conversaciones de Hafez Ismael con William Rogers y el presidente Nixon, que remachaban el clavo de la negociación del rey Hussein, no podían alterar los factores básicos del problema del Cercano Oriente, condicionado en gran parte por la interferencia norteamericana y soviética.

Prescindiendo del talento y dotes dialécticas de Hafez Ismael, parecía que su viaje se llevaba a cabo en momento muy oportuno, cuando las superpotencias implicadas en el conflicto debían tener interés en considerar en serio la conveniencia de asentar la paz en esas áreas. En efecto, ahora como nunca procedía consolidar la coexistencia norteamericano-soviética de-

finida en el pasado mayo por los acuerdos de Moscú. Y la mejor forma de consolidarla era poner término a una tensión mediooriental que entraña un riesgo de escalada susceptible de llevar a un enfrentamiento directo de las dos superpotencias, respectivamente protectoras de israelíes y árabes.

Pero a la inserción de esas superpotencias en el conflicto se suman circunstancias propias que lo complican, al extremo de convertirlo poco menos que en la cuadratura del círculo. Porque ni árabes ni israelíes constituyen realmente bloques homogéneos. Hay países árabes conservadores o moderados junto a otros progresistas o revolucionarios. Frente a ellos hay en Israel *palomas*, que harían concesiones para lograr la paz, y *halcones*, dispuestos a no tomarse punto de reposo hasta restablecer el reino de Salomón o Eretz-Israel, sin excluir a quienes se avienen a volver a las fronteras de 1949. Pese a estas estructuras plurales, con sus correspondientes tensiones internas, los dirigentes árabes e israelíes han de actuar: unos, en función del mito de la unidad árabe, que no se identifica forzosamente con el interés nacional, y los otros, partiendo del supuesto de la cohesión israelí con relación a objetivos a alcanzar. En cuanto a los palestinos, *ultima ratio* del conflicto, pretenden recuperar todo el territorio incluido en la Palestina del Mandato británico —incluida la Cisjordania— y crear un Estado aconfesional y multinacional, que sea antorcha de la revolución en el Cercano Oriente. Si este programa de futuro provoca la ira de Israel, tampoco suscita la simpatía de la mayoría de los dirigentes árabes, constreñidos a criar cuervos que pretenden sacarles los ojos. A todo lo cual hay que agregar los alientos que los palestinos reciben de China Popular, que procura contrar a la URSS, y la fiscalización de la administración norteamericana por la poderosa comunidad judía de Estados Unidos, singularmente fuerte en la actual situación de crisis monetaria. Es decir, la serie de sendas, trochas y veredas a recorrer para alcanzar la paz en el Cercano Oriente.

Reiteradamente Estados Unidos ha dado muestras del propósito de recorrerlas. El reciente acercamiento norteamericano-soviético sugería una nueva iniciativa de Washington para beneficiar la coexistencia. Sin embargo, la estancia de Golda Meir en aquel país, siguiéndole los pasos a los emisarios árabes, arroja un saldo que lleva a dudar vayan los tiros por esa dirección, o sea, poner término al conflicto del Cercano Oriente, aunque esta cuestión no figurase en la «declaración de principios» en once puntos ni en los acuerdos de cooperación y otros de Moscú. Es que definidos entonces los terrenos de común interés y entendimiento, o cotos de caza amparados por

la coexistencia, quedan aquellos donde ambas potencias pueden dar rienda suelta a sus respectivas e irrenunciables ambiciones de predominio. Ello implica la existencia de «tierras libres» para desarrollar una lucha que, por la fuerza de la mutua disuasión, impone utilizar países terceros y aplicar cuanto sea posible una estrategia indirecta.

Bien parece que la más destacada «tierra libre» dispuesta para la competición norteamericano-soviética, que se compagina con los acuerdos suscritos y las cooperaciones en marcha o proyectadas, es el Cercano Oriente, de creciente importancia para los Estados Unidos, por cuanto la amenazante crisis energética convierte en cuestión de vida o muerte económica los suministros de petróleo árabe, que se efectúan normalmente en el marco de la situación actual. Es un *statu quo* que ha favorecido a la URSS, ya que a su socaire se ha afianzado en el mundo árabe, contrarrestando la influencia que Estados Unidos confiaba conseguir en esa región desde la cabeza de puente israelí, por lo que el conflicto mediooriental, a nivel de superpotencias, es actualmente de empate. Pero al evidenciarse que el poderío norteamericano tiene un talón de Aquiles —que es necesitar imperiosamente petróleo— se crea una nueva situación. No han cambiado los hechos, las posturas y objetivos que constituyen el dintorno del problema del Cercano Oriente. Ha cambiado el enfoque de ese problema en función de la competición entre Estados Unidos y la URSS en esas áreas.

De ahí que, aparte de los honores, atenciones y halagos ampliamente dispensados a la primer ministro israelí durante su viaje a Estados Unidos y a despecho de amargas declaraciones que ha hecho sobre la supuesta perversa intención de la Administración Nixon de imponer a Tel-Aviv concesiones contrarias al interés de Israel y su supervivencia, Washington ha obrado para fortalecer a ese país con un crédito de 500 millones de dólares y suministros de armamento y de aviones de un tipo que todavía no es operativo en las fuerzas norteamericanas. No queda, pues, desamparado el aliado israelí. En cambio, parece que ha quedado arrumbado todo proyecto de arreglo negociado del conflicto, lo que impondría, necesariamente, que Tel-Aviv hiciera concesiones. Entre tanto, la URSS no desperdicia oportunidad para consolidarse en el mundo árabe y, de ser posible, coger por el mango la sartén petrolífera, lo que representa entre 1973 y 1980 la importación por Estados Unidos de 750.000 millones de toneladas de petróleo, de los cuales las dos terceras partes son del Cercano Oriente y el Pérsico. Pero en la jugada, la URSS se cuidará de no arriesgar las ventajas de sus rela-

ciones comerciales con Estados Unidos, tan vital para resolver su déficit agrícola como es el famoso petróleo para su actual compadre y siempre rival norteamericano.

CHINA POPULAR Y RELACIONES CON EL MUNDO OCCIDENTAL

Las estridencias informativas han tendido a crear en la opinión pública la engañosa impresión de que el viaje del presidente Nixon a China Popular abrió una brecha en la muralla que rodeaba a aquel país y lo aislaba del mundo. No hay tal. Si bien China Popular se cortó voluntariamente del resto de la humanidad durante su Revolución Cultural, anteriormente no carecía de contactos con países que no pertenecían al campo socialista, que la reconoció en masa en 1949. Así Gran Bretaña, impelida por su presencia en Hong-Kong a «besar la mano que no podía cortar», estableció relaciones diplomáticas con Pekín en enero de 1950, como lo hicieron aquel mismo año Dinamarca, Finlandia, Holanda, Suecia, Suiza y Noruega, ello sin mencionar los países asiáticos y alguno africano que hicieron otro tanto. Después de una pausa en materia de reconocimiento de China Popular, Francia estableció relaciones diplomáticas con Pekín en enero de 1964, como lo hicieron en 1970 y 1971, en particular, Canadá, Bélgica, Italia y Australia, o sea, antes del viaje del presidente Nixon. El paso del corpachón norteamericano por la brecha ya existente se limitó a ensancharla, lo que dista de la visión de Estados Unidos abriendo la marcha para reintegrar a China Popular en la comunidad internacional. Por sí sola, China Popular ya había logrado ocupar un lugar en esa comunidad, aunque sólo fuera por el temor e interés que inspiraba.

Aparte de los motivos políticos que aconsejaron a una serie de países adscritos al campo occidental a relacionarse con Pekín, hay que destacar consideraciones de orden económico que han influido poderosamente en la decisión adoptada, por lo demás coincidente con el propósito político de China de multiplicar y diversificar las relaciones con el exterior, singularmente desde que la disputa con la URSS le ha dejado mayor libertad de acción. Porque nada ha contribuido tanto al prestigio de que goza China Popular como haber roto amarras con su vecina, de la que durante años se la consideró mero satélite asiático. Puede decirse que la oposición declarada a la URSS, combinada con una inteligente y tenaz propaganda, han creado lo que un agudo observador califica de «espectáculo de sombras chinescas»,

es decir, la fascinante visión de una China fuerte, desarrollada y ansiosa de bienestar a lo occidental. La visión no guarda estrecha relación con la intrínseca verdad de ese inmenso país, poblado por unos 800 millones de habitantes, que al mercantilismo se le antoja apto para hacer pingües negocios. ¿Es expresión de incuestionable realismo ese enfoque?

Cabe dudarlo de atenerse a los escasos datos conocidos de la economía china, que estrenó su IV Plan Quinquenal el 1 de enero de 1971. No llame a engaño el gigantismo territorial, el peso demográfico y la capacidad política de China Popular. Pese a notables y hasta admirables progresos, es un país pobre. Su producto nacional bruto en 1970 fue de 119.000 millones de dólares—¡el de Gran Bretaña!—y la renta *per capita* anual no pasó de 143 dólares. De otra parte, sus muy limitadas reservas lleva a Pekín a velar por mantener un estricto equilibrio de su balanza comercial, reduciendo austera y ejemplarmente sus importaciones a la compra de cereales, indispensable para el sustento de la población, cereales sobre todo canadienses y australianos, que representan del 20 al 30 por 100 del total importado; a la adquisición de abonos y bienes de equipo para su desarrollo industrial. En cuanto a las exportaciones, por negarse China a recurrir a créditos extranjeros para financiarlas y reducirse a proponer al exterior algunos productos agrícolas y derivados u objetos de manufactura, típicos, pero de escasa calidad, los intercambios comerciales resultan limitados, en particular si son muchos los candidatos a participar en el menguado negocio. El hecho de que las transacciones chinas con el exterior, que sumaron 4.500 millones de dólares en 1971, sólo representen el 0,65 por 100 del comercio internacional—y el 3,5 por 100 del producto nacional bruto—, evidencia que ese gran mercado chino, susceptible de encandilar a la opinión imaginativa, no pasa de ser—cuando menos a plazo previsible—«una sombra chinesca», o sea, algo poco real. Por lo demás, pese a que el 73 por 100 de esas modestas transacciones se hagan con países del campo occidental, en el que se incluye a Japón, es de señalar que el reconocimiento o no reconocimiento del régimen de Pekín no ha influido en absoluto en los intercambios comerciales. Gran Bretaña y Francia han estado y están muy a la zaga de Japón y Alemania Federal, que sólo hace unos meses han establecido relaciones diplomáticas con Pekín. Es más, el odiado enemigo que fue Japón, con el que China Popular empezó a comerciar en 1949, ha sido el país que mayor tajada ha sacado de las transacciones con los chinos. Ello da idea del pragmatismo de China Popular y singularmente de su inteligente disociar resentimientos

y conveniencia, ello sin renunciar a sus objetivos ideológicos y políticos por saber ser «fiel a sí misma».

Por todo ello sería descabellado estimar que al establecimiento, el 10 de marzo, de relaciones diplomáticas entre España y la distante China Popular —distante por tantos conceptos— seguirá un incremento sustancial de intercambios comerciales, hasta ahora poco significativos. En cambio, consideraciones de alta política lleven acaso a confiar en que a corto o largo plazo la presencia china en Madrid sea tábano que incite a la URSS a desear la normalización de sus relaciones con España, previa reconsideración de su negativa a tratar el vidrioso asunto del oro español que detenta. Pero ese viejo problema es menos apremiante que el planteado a la puerta de casa por un vecino cuya tesis sobre las aguas territoriales, aunque eco amortiguado de la reclamación china en la materia, bien pudiera haber servido para que se inicie una fase de solapado esfuerzo soviético para tocar pito en el Mediterráneo occidental y estrecho de Gibraltar, cuando menos. Es decir, que España, amplio balcón con vistas al Mediterráneo, le brinda a China Popular una oportunidad para sustentar con mayor vigor su conocido criterio de que ese mar ha de ser exclusivamente de sus ribereños, con exclusión de potencias foráneas, entre las que destaca esa URSS «social-imperialista», que la trae a mal traer. Pero no se puede olvidar que, pese a la respetabilidad que el mundo occidental otorga a China Popular, ésta no ha desistido de erigirse en portavoz del Tercer Mundo, al que trata de capitalizar, aunque sea poniendo una sordina a su ideología y dando rodeos.

LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS FRANCESAS

Debido al papel singular que Francia consigue ostentar en la CEE, en la Alianza Atlántica, en Europa toda y, en cierto modo, en el mundo, las elecciones legislativas de los días 4 y 11 de marzo han suscitado general interés. Sus resultados, decisivos en cuanto a continuidad o nueva orientación de la política exterior francesa, han provocado alivio, satisfacción o decepción, según lo que de ellos se esperase. De todos modos, han puesto en solfa las pedantes previsiones de los sondeos de la opinión pública, que anduvieron notablemente despistados al señalar un confortable porcentaje de votos a favor de los «reformadores» de Jean Lecanuet y Jean-Jacques Servan-Schreiber. Los «reformadores», por lo tanto, no serán en la Cámara

los árbitros que aspiraban a ser, si bien lo fueron entre el 4 de marzo y la llamada «segunda vuelta», al extremo de que la insólita intervención radio-televisada del presidente Pompidou, ya concluida la campaña electoral, persiguió en parte el objetivo de llevar a los electores de esa formación política al redil de una mayoría puesta en aprieto por el 40,4 por 100 de votos conseguidos por «la unión de la izquierda» en la primera votación, que sólo concedió 38,1 por 100 a la mayoría y, en el marco de esa mayoría, sólo el 23,7 por 100 a la UDR, heredera del gaullismo.

La situación recordaba la que originó en las elecciones de marzo de 1967 la asociación del Partido Comunista y de la Izquierda Democrática y Socialista, capitaneada por François Mitterand, lo que incitó al general De Gaulle a dirigirse dramáticamente al país para que se reportase y votara a los candidatos de su conveniencia. Asimismo el Centro Demócrata de Lecanuet fue entonces, como ahora el Partido «Reformista», blanco de mofas y agrios ataques en razón de su equidistancia entre la mayoría y la izquierda, que son los dos grandes bloques en que se divide Francia, cuya estabilidad política han confirmado las últimas elecciones. Una vez cerrado el paréntesis de la anterior legislatura, en que una abrumadora mayoría gaullista irrumpió en la vida parlamentaria como consecuencia del miedo cerval que originaron los tumultos de mayo de 1968, Francia vuelve a la bipolaridad y a una relación de fuerzas políticas muy similar a la que resultó de las elecciones de 1967. Ahora, como entonces, 73 diputados comunistas estarán en la Asamblea, junto al centenar largo de socialistas y radicales. La UDR es el partido que mayor merma electoral ha sufrido al perder 89 escaños, lo que limita su representación a 184 diputados en una mayoría gubernamental que ha pasado de 372 a 275 puestos.

Es decir, que en adelante se restablecen en la Cámara francesa las condiciones de un sistema parlamentario democrático, que requiere una mayoría coherente y una oposición operante y no simbólica, sin olvidar un centro con vocación para el eventual desempate. En el caso de Francia, los centristas-reformistas constituyen una minoría que trabajosamente ha logrado reunir los 30 diputados que se precisan para formar un grupo parlamentario. Mas por representar la opinión de tres millones largos de franceses, y aun en la oposición no oponerse tanto al Gobierno como los socialistas y comunistas, de prosperar el aperturismo al que aludió el presidente Pompidou en su declaración del 14 de marzo, no se puede descartar el epifonema de su presencia en el nuevo Gobierno, abocado a adoptar graves decisiones para la

defensa de la Europa monetaria, decisiones que condicionan las reclamadas reformas sociales. Porque el señor Messmer, aunque constitucionalmente no estuviera obligado a dimitir, lo ha hecho para dar paso a un Gobierno que refleje la nueva fisonomía de la Asamblea. En todo caso, hubiera sido preciso cubrir las vacantes de Justicia y Asuntos Exteriores por derrota electoral de sus titulares, René Pleven y Maurice Schumann. También en 1967 dos ministros resultaron derrotados, uno de ellos el ministro de Asuntos Exteriores.

De seguir analizando estas elecciones, se impondrían más similitudes y paralelismos con las de 1967, singularmente en el número de votos conseguidos por la izquierda, unos 11 millones. Proceden fundamentalmente de las masas de obreros, empleados y funcionarios encuadrados en Sindicatos nada dispuestos a que caigan en olvido las promesas electorales que, por lo demás, pueden recordar con el arma de las huelgas, en cuyo manejo tienen reconocida experiencia. Y habida cuenta de que los Sindicatos son apéndices de los partidos de izquierda, éstos pueden actuar a nivel del país real y no sólo del país legal, constituido por los ámbitos parlamentarios y gubernamentales. Tal pudo comprobarse en 1968 al crearse una situación que desembocó en los acuerdos de Grenelle, que la izquierda estimó ser, no sin razón, una victoria social. A ella había contribuido la subversión en la Universidad. Por cierto, también ahora andan desasosegados los estudiantes con motivo de la llamada ley Debré, de supresión de la prórroga para cumplir el servicio militar.

Actualmente, la exigencia por parte de la izquierda de que sean efectivas las promesas electorales hace hincapié en el discurso pronunciado en Provins el pasado enero por el presidente del Consejo, señor Messmer, discurso en el que, sin apenas añadir ni quitar punto ni coma, se recogía el programa social de la izquierda unida. Pero satisfacer las reivindicaciones sindicales implica mantener un ritmo de crecimiento económico que las alteraciones laborales estorban, unas alteraciones laborales que los Sindicatos no descartan a corto plazo. Es más, a raíz de las elecciones, los dirigentes de los Sindicatos se han apresurado a estudiar conjuntamente un plan de estrategia sindical, cuyos objetivos sociales favorecen el logro de los objetivos políticos por los que socialistas y comunistas luchan codo con codo.

Por consiguiente, aunque la antigua mayoría gubernamental siga siendo mayoría en la Cámara —pero no tanto como antes—, no le faltarán dificultades al nuevo Gobierno, pues ardua tarea será compaginar la concesión de

sustanciales mejoras de sueldo, jubilaciones a los sesenta años y más humanas condiciones de trabajo, cuando menos, con la necesidad de no desequilibrar la economía francesa y actuar con la premura exigida por Sindicatos y partidos de la izquierda que, un tanto envalentonados por los avances conseguidos en las últimas elecciones, se muestran dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad para hacer patente su fuerza. Sin llegar acaso a las estridencias de mayo de 1968, por darse muchas de las condiciones previas a aquellos sucesos, son de prever no pocas tensiones en el país vecino, donde en todos los sectores de la opinión existe un descontento que lleva a considerar los resultados electorales aplicación práctica del famoso «más vale malo conocido que bueno por conocer». Lo que no equivale a darse por satisfecho con lo malo.

EL VETO NORTEAMERICANO EN PANAMÁ

No hay ley de tan universal aplicación como la popular *del embudo*. Con una particularidad: cuando se trata de una superpotencia, cual es Estados Unidos, esa ley se convierte en la *del superembudo*. La reunión del Consejo de Seguridad celebrada en Panamá del 15 al 22 de marzo le ha brindado la oportunidad de aplicar una vez más una ley que le permite colonizar o neocolonizar, imponiendo a los demás países el anticolonialismo del que hace profesión.

Entre otros ejemplos de ese anticolonialismo expansionista, cabe destacar el apoyo prestado a Cuba, Puerto Rico y Filipinas para que se *manumitieran* de España, paso previo para una descarada neocolonización de tales países. Paralelamente, Estados Unidos practicaba la política de la «puerta abierta» en China (1899), a fin de neutralizar las ventajas que reportaran a las potencias europeas cesiones territoriales o zonas de influencia pactadas por noventa y nueve años. Abierta la puerta en China, Estados Unidos logró en 1903 la cesión a perpetuidad de las aguas del canal de Panamá y de una franja de territorio de 10 kilómetros, con lo cual la superficie territorial de ese país sufre una merma de 1.678 kilómetros cuadrados.

Múltiples circunstancias y manejos hicieron desembocar en ese resultado el convenio suscrito en 1878 por el Gobierno de Colombia—de la que entonces era provincia el actual Panamá—y la Compañía Universal del Canal Interoceánico, francesa, que en definitiva se proponía realizar la idea—sus-

citada en 1850 por Estados Unidos—de comunicar los dos océanos, cosa que ya se le había ocurrido en 1529 a Alvaro de Saavedra Cerón y que promovió un estudio en forma de proyecto, ordenado por Carlos V en 1524. La concesión colombiana de 1878 era por noventa años y el canon del Gobierno, el 5 por 100 del producto bruto del canal. Al quebrar la compañía gala, Estados Unidos inició inmediatas negociaciones. La compañía pedía 109 millones de dólares por sus derechos. Estados Unidos consintió 40. No había otro postor. La compañía hubo de aceptarlos en 1900. En cuanto a Colombia (Tratado Herran-Hay, de 22 de enero de 1903), otorgó una concesión por cien años prorrogables y una serie de ventajas administrativas y jurisdiccionales que le metían la piqueta a la soberanía colombiana. El Senado colombiano no ratificó el Tratado. Sin embargo, la ley Spooner, votada por el Congreso norteamericano, había decidido reanudar los trabajos de Lesseps.

Sin entrar ni salir en lo justificado o no del separatismo panameño, hay que consignarlo por encerrar en sí el esquema del actual abuso de poder de que es víctima Panamá y que ha ratificado el veto norteamericano del 22 de marzo. Porque fue el separatismo panameño el que permitió a Estados Unidos seguir adelante en su propósito de construir el canal interoceánico, después de fracasar en sus gestiones para que Bogotá cesara de defender sus derechos. Entonces, casualmente, se produjo la insurrección panameña de 1903, encabezada por el general Huertas. Buques norteamericanos, entre ellos el acorazado *Nashville*, casualmente en aguas panameñas, impidieron el desembarco de fuerzas colombianas. El 4 de noviembre venía al mundo un nuevo país, inmediatamente reconocido por Estados Unidos. Sin demora, la comadrona pidió sus honorarios, y el 18 de noviembre de 1903 el Gobierno de Panamá y Estados Unidos firmaron un tratado que, pese a sucesivas modificaciones, singularmente en 1926, 1936, 1955 y 1959, sigue siendo base del *status* del canal.

Pero han transcurrido setenta años, durante los que el mundo ha sufrido notables transformaciones de todo orden, y los panameños, con más depurado y cimentado sentido nacional que los de 1903, han tomado conciencia de la afrenta y atentado a su soberanía que es ese «Estado dentro del Estado» que representa el canal y su zona, como ha dicho el embajador de Panamá en Madrid, señor Torrijos Herrera, y es además, desde un punto de vista social, flagrante injusticia por ser «un islote de lujo en un océano de pobreza», que escandalizó al senador demócrata de Florida Smathers, injus-

ticia asentada en la ínfima cantidad de 1.900.000 dólares que percibe Panamá, frente a los fabulosos beneficios que proporciona un canal que empezó a ser explotado en 1914 y cuyo único accionista es el secretario de Estado norteamericano.

Es decir, que aparte del aspecto jurídico de la cuestión, selva de textos en la que se extravía el no especializado, la cuestión del canal de Panamá tiene dos vertientes: una política, estratégica y económica; social la otra. Esta última no afecta a Washington, que no se altera por sus problemas domésticos de este tipo. Por consiguiente, ha de considerarse desde la otra vertiente el veto norteamericano al principal de los dos proyectos de resolución presentados en la reunión del Consejo, lo que ha levantado oleadas de indignación en el ámbito internacional y sobre todo en Hispanoamérica. Pero tal vez haya estimado Washington que, por haber salido un tanto maltracho su prestigio de la aventura asiática, se imponía políticamente remozarlo pretendiendo volver a los buenos tiempos de las intervenciones al sur de Río Grande y el *big stik*, aparte de que los beneficios que arroja el canal estorban ver que el problema inmediato, susceptible de ser resuelto voluntariamente, entraña otro problema cuya solución acaso sea impuesta.

Por lo pronto, la segunda guerra mundial sugirió la vulnerabilidad del canal. Y nada digamos de ese riesgo en la era de los cohetes intercontinentales. Es decir, la inanidad del argumento estratégico para que Estados Unidos se mantenga en Panamá en el marco del Tratado de 1903 o poco menos. No es más convincente el argumento de cortarle el paso a un eventual avance del comunismo en Panamá. La presencia norteamericana no lo ha impedido en Cuba y, a no lejano plazo, en Vietnam. Tampoco cabe aducir que sin los norteamericanos no estarían aseguradas las comunicaciones interoceánicas. Británicos y franceses ya dijeron esa presuntuosa tontería en 1956, cuando la RAU nacionalizó el canal de Suez, que ha funcionado perfectamente hasta la guerra de 1967. Finalmente, se ha estimado que en 1980 habrá alcanzado su máxima capacidad de tráfico el canal de Panamá, por cuyas esclusas ya no pudieron entrar en 1971 unos 800 barcos de gran tonelaje, que son los que se construyen actualmente. Tan es así que Washington ha estudiado un proyecto de canal a nivel en la deshabitada región de Darien y se han hecho pruebas atómicas subterráneas para su vaciado. No es el medio más adecuado de que se lleve a cabo ese indispensable nuevo proyecto de canal malquistarse con Panamá mediante sofiones,

endurecer su posición y dar pábulo a un nacionalismo que, no por darse en un país de poca monta, terminaría derrotado. No hay enemigo pequeño si cuenta con amigos. Tal debe recordar a Estados Unidos una recentísima experiencia.

Entonces, ¿a qué ha venido ese veto a una resolución razonable y perfectamente aceptable? Entre otros efectos, ha tenido el de mermar en Hispanoamérica unas simpatías y crédito de que Estados Unidos no andan sobrados y además hace correr el riesgo de hipotecar el futuro de las relaciones interamericanas, ya tensas por los pleitos con Perú y Chile en particular. En ocasiones, Júpiter no ciega por no querer llevar las cosas al extremo de perder a uno. Se limita a dejarlo cegato, lo que es suficiente para que cometa errores que afectarán la realización de objetivos políticos de capital importancia para el interés nacional.

LA TENSION ENTRE IRAQ Y KUWAIT

Al retirarse Gran Bretaña del golfo Pérsico o Arábigo a finales de 1971, sin acudir a adivinos podía darse por sentado que no escasearían los problemas, tensiones y hasta conflictos entre los catorce Estados ribereños allí existentes. Sin embargo, Gran Bretaña no había escatimado esfuerzos y cautelas para que se mantuviera estable esa región de capital importancia estratégica, económica y comercial que, según se estima, contiene la mitad de las reservas mundiales de petróleo, de las que corresponde a Kuwait la cuarta parte. Lo que no podía impedir la protectora dimisionaria —ni siquiera lo intentó— es que, una vez ausente, saliesen de nuevo a relucir viejas reivindicaciones acalladas por su presencia. El incidente fronterizo del 20 de marzo entre Iraq y Kuwait es prueba palmaria de que los hechos no desmienten las previsiones.

La afirmación iraquí de que Kuwait es parte del territorio nacional es cuestión que viene coleando desde hace años. Realmente, no se impone a qué clavo histórico se agarra Bagdad para plantear tal reivindicación, a no ser que se remonte a los tiempos de los abasidas. Aunque incluido en la vasta área de influencia otomana, ya en 1750 gobernaba el emirato de Kuwait la dinastía —aún reinante— de los As-Sabah, con autonomía suficiente como para estar en tratos con los británicos. Mientras, el actual Iraq cons-

tituía tres provincias sueltas del imperio otomano. Cuando en el siglo XIX Turquía quiso apretarle las clavijas a Kuwait, su emir se declaró independiente y apeló a Gran Bretaña, con la que firmó en 1899 un tratado de protectorado. Llevó a Turquía, en 1913, a renunciar a toda reclamación sobre ese territorio, que en 1939 mostró veleidades de unirse a Iraq—ya independiente—para zafarse de la tutela británica. No lo consiguió, pero años después Gran Bretaña concedió la independencia a Kuwait, país de 15.000 kilómetros cuadrados, a los que hay que agregar la mitad de los 5.700 kilómetros cuadrados de la zona neutral que comparte con Arabia Saudita desde 1966 y una serie de islas litorales. Actualmente, 800.000 habitantes, de los cuales unos 30.000 iraquíes, pueblan ese territorio semidesértico, pero riquísimo por la abundancia de petróleo, que, descubierto en 1938, empezó a explotarse en 1962 y producir fabulosos recursos. Esta circunstancia, feliz en orden al desarrollo y bienestar de Kuwait, es sin lugar a dudas causa de pasadas, presentes y posiblemente futuras dificultades, en primer término con su vecino iraquí.

Porque apenas accediera Kuwait a la independencia (19 de junio de 1961), Iraq salió con que formaba parte del territorio nacional y que el Ejército apoyaba la reivindicación. Unos días después, el general Kassem, a la sazón jefe del Estado iraquí, amplió la reivindicación a la costa saudita del golfo, hasta Qatar. Fue predicar en el desierto que Estados Unidos aconsejaran a Bagdad que moderase su griterío. El general Kassem siguió insistiendo en la reivindicación de Kuwait, alegando la conveniencia de que desaparecieran de la región los Estados débiles, juguetes del imperialismo. Es que el general Kassem tenía a Iraq por un Estado fuerte. No lo era tanto como para impedir que en julio de 1961 Kuwait ingresara en la Liga Árabe y seguidamente en la ONU.

Desde el punto en que Kuwait fue miembro de la Liga Árabe, ese organismo se aplicó a limar asperezas con Iraq y en 1963 logró que se creara una Comisión de delimitación de fronteras entre aquellos dos países. Su funcionamiento ha sido más bien teórico. La propensión de Iraq a la inestabilidad no ha facilitado las cosas. Además, faltan datos indiscutibles para trazar fronteras, tarea siempre peliaguda, singularmente cuando hay yacimientos de petróleo cerca de la actual, pero en territorio de Kuwait. Tales yacimientos se sitúan precisamente junto a los puestos fronterizos atacados y ocupados por tropas iraquíes, en particular Al-Samita. Si Kuwait ha puesto el grito en el cielo ante semejante desafuero, no lo han aplaudido los demás países

árabes, en particular los máximos beneficiarios de la extrema generosidad para con todos de ese Emirato que ayuda financieramente y con largueza a los que más han sufrido de la guerra de 1967. De ahí la inmediata actividad del secretario de la Liga Árabe, Mahmud Riad, para resolver un conflicto que, aunque limitado a Iraq y Kuwait, ha incitado a finales de marzo a Arabia Saudita a enviar un importante cuerpo de ejército a su frontera con Kuwait, militarmente inerte o poco menos, pero que no estaría solo de proceder Iraq a una escalada. Porque es de presumir que tampoco lo dejaría desamparado Irán, la primera potencia militar de la región, que, de ser necesario, actuaría de hecho como si hubiera cuajado el pacto de defensa colectiva que en 1970 propuso a Arabia Saudita y Kuwait, que éstos no suscribieron para no vulnerar el principio de la unidad árabe existente en la región occidental del golfo.

La presencia de Irán entre bastidores y el riesgo de que la belicosidad de Iraq lo llevara a irrumpir en el escenario es elemento que ha de poner trabas al teje-maneje de la URSS en el Medio Oriente, utilizando como base operativa a un Iraq que no sabe con quien se juega los cuartos. Porque si un país ha de tener un día el control del petróleo de esa región, empezando por el muy tentador y más a mano de Kuwait, no sería Iraq, sino la URSS, que estaría así en condiciones de herir de muerte, o por lo menos de provocar el coma, de Estados Unidos y el mundo occidental, incluyendo en él a Japón. Pero la delicada y vasta operación ha de efectuarse sin alarmantes premuras, que desembocarían en conflicto armado. Aunque local y limitado, pondría en marcha sistemas defensivos, de los que es parte fundamental un Irán cuyo adiestrado ejército está dotado de numeroso y modernísimo material y que tiene una aviación que incita a la prudencia. Por ello, aun cuando Iraq se niega a evacuar la parte ocupada de territorio kuwaití, puede estimarse que la URSS le desaconsejará vivamente un ataque armado frontal a gran escala contra Kuwait. Sería suicida en razón de la previsible reacción iraní. Lo cual no descarta, por supuesto, que se prosiga una paciente labor de hostigamiento, mordiscos, subversiones y zapa en los países árabes del golfo Pérsico o Árabe. A la tarea de demolición de los endeble edificios de gran parte de los Estados de reciente independencia no deja de contribuir la inquieta actividad libia en la Unión de Emiratos Árabes, de la que es exponente más reciente el fracasado golpe de Estado del 19 de marzo en Abu Dhabi, el país más rico del mundo.

Sin embargo, iraquíes y libios van por caminos distintos hacia metas

distintas y hasta contradictorias. Unos pretenden realizar el sueño del rey Faisal de dominar las comarcas vecinas y supeditarlas a la voluntad de Bagdad, bajando del desván de la historia del Imperio Abasida. Los otros sueñan con una arabidad triunfante con cabecera en Trípoli. Pero «los sueños, sueños son», y la realidad es la solapada lucha de las superpotencias, cuyo campo de batalla es el mundo entero, y la apuesta, el dominio o libre disposición del petróleo.

C. M. E.